

Ágora

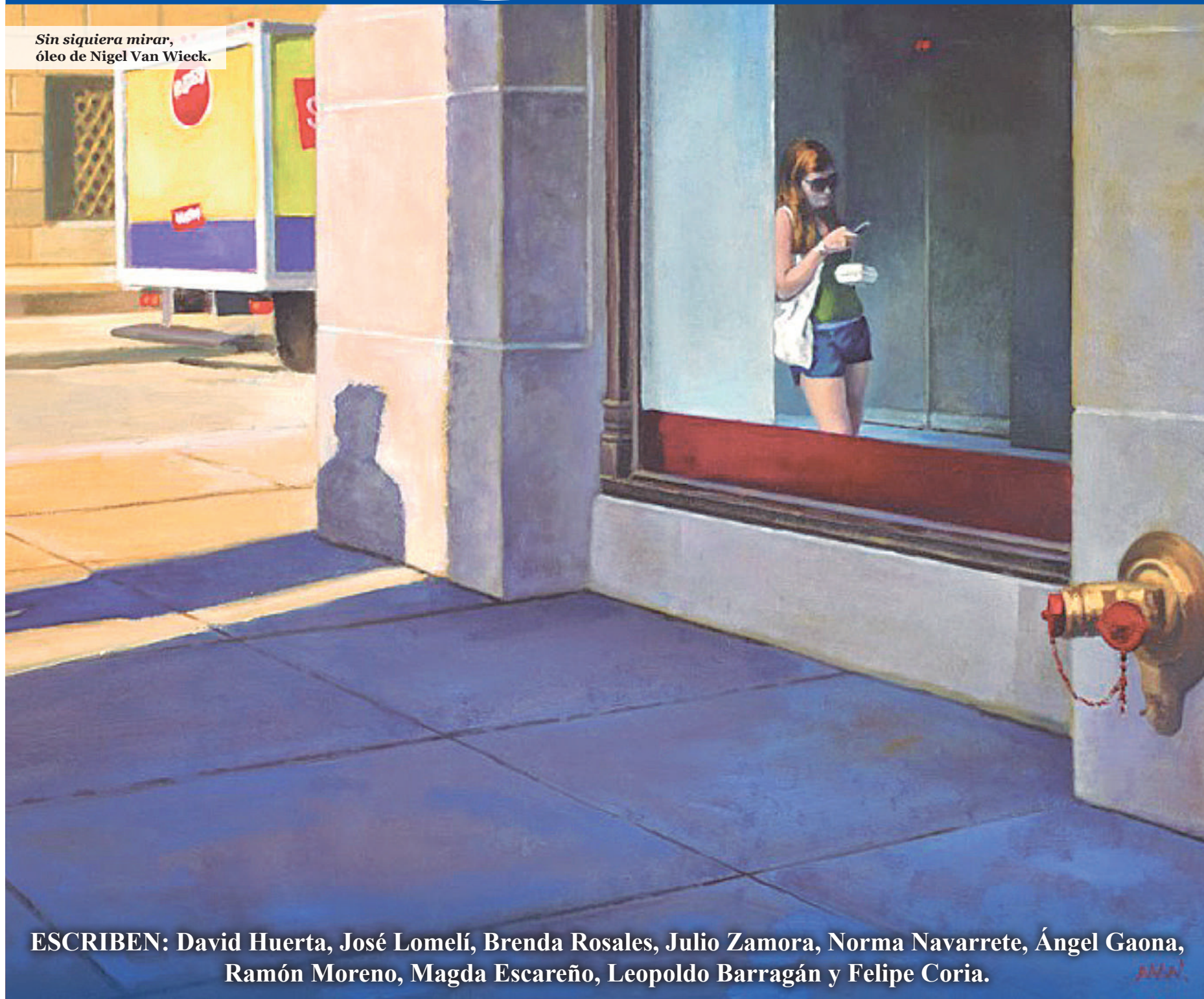
PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



2644

DOMINGO 6 DE JUNIO DE 2021

Sin siquiera mirar,
óleo de Nigel Van Wieck.



ESCRIBEN: David Huerta, José Lomelí, Brenda Rosales, Julio Zamora, Norma Navarrete, Ángel Gaona, Ramón Moreno, Magda Escareño, Leopoldo Barragán y Felipe Coria.

Rugidos literarios

Un libro: una aventura

José María Lomelí Pérez

*Un libro es una cosa entre las cosas,
un volumen perdido entre los volúmenes
que pueblan el indiferente universo;
hasta que da con su lector, con el hombre
destinado a sus símbolos. Jorge Luis Borges.*

Tristemente no todos cuentan con el privilegio de que su primera lectura haya sido una aventura tan apasionante, cautivadora y absorbente como para haberle dedicado largas horas de sus días a navegar por sus páginas, al grado de convertirla en un recuerdo memorable. Más triste resulta aún que dicho desatino haya sido el motivo principal de que muchos se mantengan alejados de los libros durante la mayor parte de sus vidas.

Si tan sólo supiéramos que para adentrarse por los caminos de la lectura no es necesario atender a las recomendaciones de expertos, maestros, empresarios, aficionados o iluminados *influencers*, ni mucho menos ninguna lista (de las miles que pululan por internet) sobre los 100 libros que hay que leer antes de morir, puesto que el amor a la lectura debe nacer necesariamente de la genuina curiosidad y entusiasmo. Y absolutamente nadie sabe lo que de verdad nos entusiasma como cada uno de nosotros mismos.

Porque cuando se trata de elegir un libro a lo único que deberíamos atender es a esa misma fuerza extraña y mística que nos mueve al momento de seleccionar la fruta que nos hemos de comer, la silla en la que nos vamos a sentar, la película que queremos ver, la carrera en la que nos queremos desarrollar... Es esa suerte mística, esa corazonada, la única recomendación en la que hemos de confiar, aunque siempre con la idea en mente de que a cualquier aburrimiento o desinterés por el mundo y los personajes que estamos descubriendo (no sólo podemos) debemos cerrar esa puerta e iniciar una nueva aventura, de lo contrario terminaremos odiando la lectura como tantos otros y, peor aún, considerándola un acto vacío, tedioso e improductivo.

En mi caso yo fui uno de los afortunados cuyas manos seleccionaron un libro extraordinario. Impulsado sí por lo bello de su empastado, aunque más por lo intrigante y

exótico de su título. *El Corsario Negro*, del escritor italiano Emilio Salgari, no sólo me motivó a seguir leyendo, sino que despertó mi interés de llegar a crear algún día una obra tan apasionante como la que acababa de descubrir.

Desarrollada en el mar Caribe del siglo XVII, esta es la historia de Emilio de Roccanera, mejor conocido como el Corsario Negro; de su búsqueda de venganza en contra del gobernador de Maracaibo, Van Guld, por la muerte de sus hermanos: el Corsario Verde y el Corsario Rojo; y de su enamoramiento de una mujer que enturbiará sus planes.

Completamente seducido por las hazañas de aquel personaje, con cada vuelta de página me adentraba sin

saberlo en uno de los subgéneros más ricos y apasionantes de la literatura universal: el de las novelas de capa y espada.

Derivado de la ficción histórica, el subgénero de capa y espada nació en Francia durante la primera mitad del siglo XIX. Publicadas originalmente en formato de folletín, las novelas enmarcadas en este género miran con añoranza e idealización los tiempos en los que el honor era defendido a muerte. Caracterizándose por el predominio de la aventura, el drama y la intriga como un elemento enganchante.

Emilio Salgari con sus ciclos de *Los Piratas de Malasia*, *Piratas del Caribe* y *Piratas de las Bermudas* y protagonistas como Sandoacán y el propio Corsario Negro, entre muchos otros títulos y personajes; Alejandro Dumas con *Los tres mosqueteros*, *Veinte años después* y *El Vizconde de Bragelonne*; Anthony Hope Hawkins con *El prisionero de Zenda*; *La Pimpinela Escarlata* de Emma Orczy; *El Zorro* de Johnston McCulley; y más recientemente el *Capitán Alatriste*, creación del

escritor español Arturo Pérez-Reverte, son sólo algunos de los muchos ejemplos y autores que forman parte y han dado vida a estas fascinantes historias.

Muchas veces menospreciado por algunos sectores de la crítica, por su capacidad de conectar con el gran público, el género de capa y espada suele ser visto como un producto menor. No obstante, como ya he precisado líneas arriba, lo menos importante al momento de entregarse a la lectura es atender a las recomendaciones de los expertos y seguir cada quien su propio instinto, pero vamos: sin exagerar, aunque sí recordando lo que escribiera Oscar Wilde: Si no puedes disfrutar leyendo un libro repetidas veces, de nada sirve leerlo una sola vez.



Embrionario

Magda Escareño

CONTRADICCIONES:

IV Cuenteros curados:

En cueros ya los vieran dioses, los de los tiempos viejos. Les quitaran la piel de la arrogancia para que se vieran menos chistosos y chismosos. Tiraran la palabrería en el bote de la ausencia. Ausentes se verían más bonitos. Curados de espanto, encuerados en las cuentas de los brujos...

Miradas II

Brenda Rosales

En tus ojos

un cardenalito vigila la tarde

el mundo gira

mientras te miro con mis ojos cielo

El cardenalito sacude sus alas

y se arroja al alto fuego

llamaradas de la tarde

fracturan

todo silencio

sus alas, su canto

todo crepita en mi pecho

En tus ojos

un cardenalito incendia la tarde

pavesas de mis ojos

alzan el vuelo.

Libros y otras cosas

Un anagrama de México

David Huerta

Lo primero será entender el significado de la palabra “anagrama”. En nuestra ayuda viene el genial Guido Gómez de Silva. En su *Diccionario Internacional de Literatura y Gramática*, este sabio explica que un anagrama es una “palabra o frase formada a partir de otra cambiando el orden de las letras”; inmediatamente prueba por qué su libro es no menos genial que él mismo: ofrece ejemplos de anagramas en español, alemán, francés, griego, inglés, italiano, latín, neerlandés, portugués y ruso (es un diccionario internacional...). Veamos.

Una famosa novela de Samuel Butler se titula enigmática y anagramáticamente con el vocablo *Erewhon*; el misterio se aclara cuando descubrimos que ese nombre es *nowhere*, “ningún lugar”. Culto mariano en francés: en esa lengua el verbo “amar” (*aimer*) tiene las mismas letras de Marie, nombre de la Virgen. A continuación, doy noticia de un anagrama de inmensa celebridad.

Cuando André Breton quiso atacar a Salvador Dalí por el amor excesivo al dinero en la conducta del pintor, antiguo militante surrealista, lo llamó, con un anagrama de aire latino, de esta manera: Avida Dollars. Como puede verse, Breton echó mano de una sutil feminización del nombre (Avida) que apuntaba en filigrana a la prostitución del arte. El dardo anagramático dio en el blanco y se cita a menudo; no se ha olvidado, está presente en muchas conversaciones.

Los anagramas son juegos de lenguaje; divertimentos con las letras, con sus combinaciones. Como

tantos juegos, pueden abrir puertas a significaciones extrañas. Es lo que me pasó hace unos días.

En la página 340 de la novela *Ada*, de Vladímir Nabókov, un personaje viaja a México o a... Oxmime, lugar que tiene las mismas letras (ianagrama!) del nombre de nuestro país. Hay muchos juegos geográficos en la novela nabokoviana, además.

Cuando leí esto, me quedé de una pieza; pensé: Oxmime parece una arbitraria ensalada de letras, pero podría tener algún significado. Comienza igual que el nombre de una famosa universidad: Oxford, palabra cuyo sentido es, aproximadamente, “paso de bueyes”, “vado de bueyes”. ¿Qué puede significar Oxmime? La palabra “mice” es el plural de “mouse”: ratón, en inglés; ratones, pues. Oxmime podría ser una palabra compuesta que significaría más o menos esto: ratones-bueyes, es decir: roedores con las características (¿tamaño, tenacidad, capacidad de sacrificio?) de los nobles rumiantes llamados bueyes.

Se dirá que esto es una mera divagación sin muchos alcances; yo no podré negarlo. Y como esta columna tiende a la conversación, a la tertulia, haré una ligera confidencia: mientras otros se consagran a los grandes asuntos, yo puedo estar explorando las posibilidades anagramáticas del nombre de un enemigo para fastidiarlo con las letras de su propio nombre.

Aquí dejo constancia de eso, precisamente: de mis divagaciones. Que ningún patriota veterano o nacionalista de última hora diga que “denigro al país”.



Vladimir
NABOKOV
Ada ou Ardor

Los anagramas son juegos de lenguaje: divertimentos con las letras, con sus combinaciones. Como tantos juegos, pueden abrir puertas a significaciones extrañas.

LOS ANAGRAMAS:

Erewhon
Avida Dollars
Aimer
Oxmice
Denigro al país

Lastre

(Poema escrito para un poemario impublicable)

Ángel Gaona

El resto del viaje debo emprenderlo solo

-sin derrotero ni convicción-

Obcecado, mantengo el hábito pernicioso

de seguir vivo

“como si nada hubiera pasado”

Acomodado a una realidad incómoda

miro hacia atrás tratando de entender

al que ahora soy

Alejado de mi punto de partida veo cada

vez más cercano el puerto adonde habré

de llegar de manera inexorable

-sólo la muerte podrá justificarme-

Hoy no me reconozco, en el camino perdí

Lo que más amaba, como gota derramada

poco a poco

Mis días felices, quedaron en un páramo.



Atenea

El arte de titular: causa-efecto de Nigel Van Wieck

Julio César Zamora

Hace ya varios años, en un viaje a la Ciudad de México, varios amigos entrañables fuimos invitados por el escritor Rafael Torres a comer a su casa. Fue una tarde excepcional en la que dos escenarios llamaron mi atención: los cuadros pictóricos que había en el departamento y el dueto que armó el anfitrión con su hija para un miniconcierto en la sala: él con la jarana (guitarra jarocha) y ella en el piano. Lo que nunca olvidé fue el título de una de las pinturas: *Se le ocurrió echarse un clavado detrás de la catedral*, por cierto, obra del hijo homónimo de Rafael.

La imagen figurativa, efectivamente, mostraba a un personaje en traje de baño y posición de clavado al frente sobre una azotea, y a un lado emergía la cúpula de un templo. El resto eran tejados y muros. Nunca vi el agua. Supuse que la ciudad estaba inundada, o una gran piscina (lago de Texcoco) se hallaba al fondo de las edificaciones. ¡Quién sabe y qué importa! El título me impresionó más que la pintura misma.

Rememoro la anécdota a propósito del trabajo plástico de Nigel Van Wieck, que ilustra la portada de esta edición de *Ágora*, así como las páginas centrales. La obra de este pintor británico se puede apreciar por varias aristas, desde la notable influencia de Edward Hopper, en su estilo realista y temático; los personajes y ambientes cosmopolitas que reflejan el día a día en escenas de calle, playa o domésticas, en los espacios más íntimos; hasta la narrativa que evocan las acciones y atmósferas en las pinturas figurativas, pero también y sobre todo, por el acierto de los títulos, como una intención de causa-efecto (título-cuadro) con un enfoque lúdico.

Simbólicos, sugestivos, interpretativos, abstractos, poéticos, los títulos elegidos para nombrar las obras podrían ser en sí mismo una invención artística, que a veces pocos lo consiguen. No tanto por una pereza mental, sino porque consideran la pieza en sí misma lo más relevante y con justa razón, de ahí también que muchos artistas las dejen sin nombre. Algo que desagrada a la mayoría de los espectadores.

Lo cierto es que titularlas puede darles una resignificación asombrosa, a veces quizá distinta a lo que se observa, pero también pueden ser vistas como un complemento a la obra de arte. Hay una sensación muy especial cuando el título encaja o embona tan bien con la pintura, como si fuera la pieza faltante.

Pienso que si Miguel Ángel Buonarroti, como lo pronunció él mismo al terminar la escultura de *Moisés* (“¿por qué no me hablas?”), hubiese nombrado no sólo *David* al gigante de cinco metros, sino *David, ¡habla!*, o si Pablo Picasso habría dejado a *Las señoritas de Avignon* como *El burdel filosófico*, otras impresiones generarían en el público, sin que perdieran un ápice su composición estética.

Dependiendo de la obra, un título puede crear varias expectativas, sugiere, induce, seduce o todo lo contrario. En el caso de un libro, puede ser la llave para abrirlo o rechazarlo. A veces, también, son desconcertantes, irreverentes, pero desde mi punto de vista, los títulos en las artes plásticas deben nombrar o proponer lo que no vemos. Aquella obviedad en las pinturas de la Edad Media y otros periodos de la historia, en la que el artista nombraba como tal lo que el observador tenía ante sí, tuvieron su sentido por la época, como por ejemplo: *Los apóstoles*, *La anunciación*, *La lechera*, *El herrero*, o los bodegones o naturalezas muertas en las que su valor reside más en la técnica que en su concepto. Recordemos los famosos *Girasoles* de Van Gogh.

Las pinturas de Nigel

Hoy es distinto, y una muestra de ello es la obra de Nigel Van Wieck, donde si bien se observan imágenes cotidianas del siglo XXI, algunos de sus títulos les confieren un complemento a las piezas como causa-efecto. Pero además, y eso lo escribiremos en otra colaboración, la soledad apacible o placentera en sus personajes, más que introspectiva o lúgubre como los óleos de Edward Hopper.

Lo que hice cuando te fuiste, es una pintura que nos muestra en un mismo plano al interior, a un hombre jugando billar, y al exterior, un vehículo estacionado. La sombra se proyecta sobre una parte de la acera y hasta el corte diagonal abarcando al automóvil. La escena en sí nos puede evocar una narrativa simple, más atractiva por su composición técnica, colores y contrastes, pero al saber el título de la obra, ya nos cuenta o redondea la historia.

Ven mañana me parece genial. Tiene una perspectiva muy similar al trazo de la pintura antes comentada, y de igual manera, es una sola persona la que aparece en la imagen: una mujer rubia de pie frente a la puerta, vestida con elegancia. Al observarla, pareciera que está indecisa de entrar o no a esa habitación, o que está esperando a que le abran la puerta, mas al conocer el nombre del cuadro, se da una vuelta de tuerca y sugiere otra narrativa para el espectador. Sabemos la causa.

Día de perros es una rareza. Si no supiéramos el título, la sola contemplación de la obra nos evocaría a tantas pinturas semejantes en cafeterías, a la tranquilidad de ver pasar la tarde. Pero para empezar se trata de una paninoteca, un establecimiento parecido a un bar pero con venta de alimentos tipo emparedados o sándwiches. Lo extraño es que se trata de un término italiano (panini) pero en la parte alta se percibe una bandera norteamericana, y el personaje, de pierna cruzada, tampoco está consumiendo, no tiene nada sobre la mesa. Quizá sea el dueño, quizá no ha sido atendido aún, quizá sólo tomó asiento después de haber tenido un día atroz, *de perros*.

Después de la fiesta siesta, *Esperando a David*, *Escape*, *Primer beso del verano* y *Doce y cincuenta y nueve*, nos muestran a mujeres tendidas sobre el sofá, la arena, la cama y el pasto, en diferentes estados o grados de complacencia, pero a fin de cuentas gozosos. Son títulos más lúdicos, pero precisos si se observan los elementos, la ambientación y la atmósfera.

El contexto cotidiano y realista es la fuente de inspiración de Nigel Van Wieck, pero el hallazgo de sus obras reside en libertad creativa, pues el pintor afirma que la realidad es mucho mejor cuando se imagina.

ZAZIL: El novelista Gustave Flaubert decía: “Ama el arte. De todas las mentiras es, cuando menos, la menos falaz”. Creo en lo primero, pero no en lo segundo. Me encantaría que ames las artes, ficticias o no, parten de la realidad y nos apartan de ella, porque su importancia no reside en la verdad o la mentira, sino en su apreciación y contemplación estética, producto de una belleza mayor del ser humano: crear.



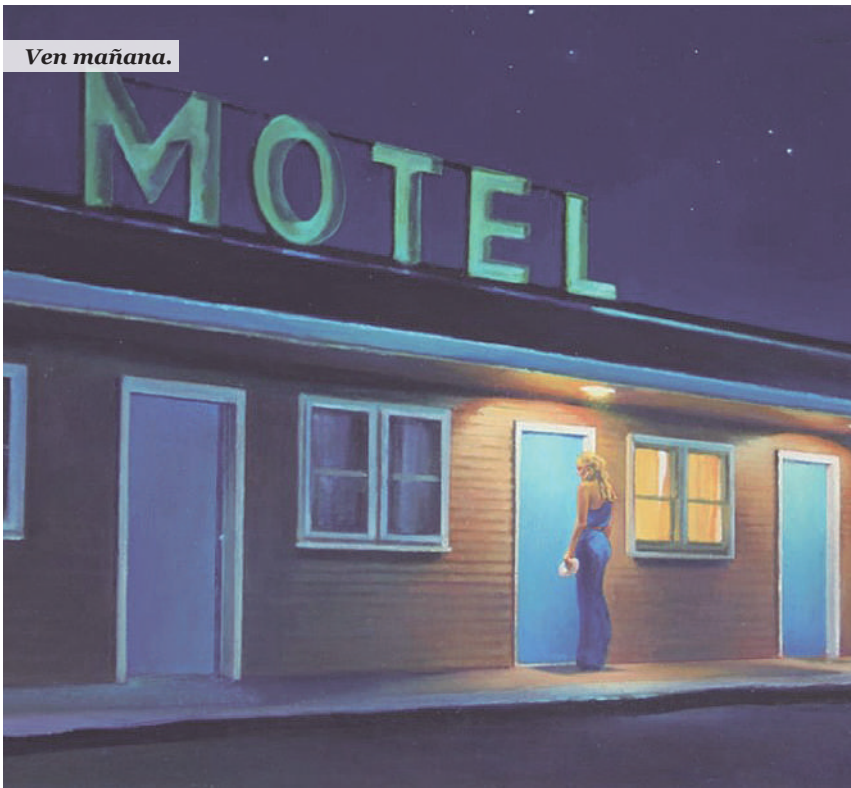
Doce y cincuenta y nueve de la noche.



Primer beso del verano.



Ven mañana.



Esperando a David.



Después de la fiesta siesta.



Escape.





Cinegrafías

El trabajo de mis sueños, un personaje marginal

José Felipe Coria

La película literaria mitifica figuras emblemáticas de la cultura contemporánea. A veces no lo consigue. Porque mete la pata.

La reclusa vida de J. D. Salinger (1919-2010) es la de un autor ajeno a las luces de la fama; de obra mínima pero influyente desde que publicó *El guardián entre el centeno* (1951), libro supuestamente inspirador de varios crímenes, entre ellos el de John Lennon.

Philippe Falardeau, célebre por la cinta canadiense nominada al Oscar *Monsieur Lazhar* (2011), elabora en *El trabajo de mis sueños* (2020), su octavo filme, otra exploración de cierto tipo de personaje marginal.

Basándose en las emotivas memorias de Joanna Rakoff, cuenta cómo la aspirante a poeta extraordinaria recién graduada, Joanna (Margaret Qualley), consigue la chamba de su vida en la agencia que representa a Salinger y que encabeza la intratable Margaret (Sigourney Weaver).

La labor de Joanna consiste en lidiar con las cartas de los admiradores de Salinger, que la agencia recibe por kilos.

Un trabajo de plano ingrato.

Obstaculizado además porque Margaret reniega, en pleno 1990, de una necesaria computadora para ser eficiente. Vive en otro tiempo y tal vez desprecie a los lectores comunes y corrientes. Revela fisuras detrás de su prestigiosa fachada. Lo que sacude a Joanna.

Como en cintas literarias similares, presentadas con excesivo entusiasmo fetichista, a Falardeau se le van las cabras al monte. Lo deslumbra el fantasma de Salinger.

Asimismo, por cómo concibió la relación entre sus personajes principales y el relato todo, parece la versión intelectual de *El diablo viste a la moda* (2006), donde al menos el trato entre Anne Hathaway & Meryl Streep tenía un ácido sentido del humor.

El trabajo de mis sueños es una aduladora carta a Salinger, como las ninguneadas por Margaret. Enviada; sin respuesta. Un innecesario filme para incrementar el culto a la personalidad de un escritor que nunca lo necesitó.

espectaculos@eluniversal.com.mx

Sustantivo en femenino

Norma Navarrete

Hay días en que la vida se detiene.
Se sienta junto a ti.
Te limpia los ojos de las vistas del aire.

Hay días en que los árboles
Extienden sus ramas y te abrazan.
No puedes resistirte al colorido
de sus dedos color rosa, morado,
verde, blanco y amarillo.

Miras al techo,
las nubes están afuera.
Se ha ido el ocaso.
Se instala el medio día.

El dolor te ha considerado,
te azota como vendaval.
Quedé sola en media isla,
exhausta.

El mar me habla:
“Mujer, te matan de gotas profundas,
cada gota es un hijo menos”.

Los hijos para ti son al azar.
Unos peinados y otros de ojos grandes
que me saludan con acento de pájaro
en pleno sol, al desnudo.
Y yo vestida, entono
palabras, sueños.

Criando periódicamente:
dolor y esperanza.
con adeptos caracoles de mar
que no toque nadie.

Para alcanzar el nivel del viento
y valorarme por los cabellos de la vida
para abrazarla y darle la mano
hasta que recupere la vista.
¡Qué complejo es subir y bajar
sin energía!

Han vuelto a surgir las telarañas
me interrogan con onda de ola.

Lloran sin saber por qué
son un sustantivo en femenino.
También se disgustan y son frágiles
donde quiera, sobre todo
en primavera.

Se duermen durante el día para soñar
Pesadillas, como en las noches.
Estiran sus pies también:
Sustantivo en femenino.
Delinean su rostro,
se dibujan hermosas,
vestidas de blanco, frente al mar.

Con estrellas en luz marina,
de perla desconocida.

Sustantivo en femenino:
Yo al piano que resurge del todo.
Con forma de arcoíris,
Me inspira mañana
a regresar aprendiendo
las palabras del mar, sin nota.

El piano exige con mis manos
una canción ignota,
como el poeta Novalis.

El piano nivela mis dolores.
Está debatiendo con el gato blanco
de mirada matizada.

En estos momentos mi contadora
envía mensajes del *watsapp*,
si de algo sirve imaginar
mis trenzas, sustantivo,
Las de tono en rubio medio
y niña diamantina entre los dedos
para simular estrellas,
en un papel de teatro femenino,
que las plumas fueran musicales.

Como el fruto de un árbol café
son las lágrimas,
sustantivo en femenino de antes.

La mano pálida-palabra
que oprime una flor azul.

El dolor se detuvo
pasó como verbo masculino.
Se fue a sentar en una silla
a observarme.



Alma de buzo



Leopoldo Barragán Maldonado

Una vez don Hipólito llevó a su familia a la playa de Tuxpan, con una sábana vieja y cuatro otates que encontró tirados en la arena, improvisó pequeña carpa para proteger de los rayos del sol a su esposa Hilaria y a su hijo Apolonio; el señor andaba contento bañándose en el mar, creyéndose un tritón se clavaba en la curva de cualquier ola sin importarle el tamaño; parecía que el océano no le ajustaba para echarse un buche de agua; en uno de esos chapuzones, tuvo la ocurrencia de enseñarle a su hijo las pericias de los clavados y las peripecias rudimentarias de la natación, así que muy decidido fue en busca de su hijo, un muchachito de escasos 6 años de edad. El niño Apolonio, de cuerpecillo delgado y apariencia enclenque, jugaba en la playa, tirado en la arena metía su brazo en un hoyo, y ayudándose con una concha seguía excavando hasta que saliera agua del fondo. Don Hipólito, caminando muy orondo como guajolote en celo, tomó a su retoño diciéndole que se iban a echar unos clavaditos para que aprendiera a nadar y le perdiera el miedo al mar.

Padre e hijo, tomados de la mano, fueron adentrándose hasta la mera reven-tazón. Hipólito, aprovechando las corrientes, remolcaba al niño 'de a muertito', librando 'los burritos' que formaba el vaivén de las aguas, pero sorpresivamente se empezó a levantar una ola gigantesca, Hipólito sintió cómo era arrastrado por la curva del oleaje, los nervios se apoderaron del aprendiz de tritón, luego vino el tremendo impacto de la cresta, el golpazo provocó que el niño Apolonio soltara las manos de su papá, la resaca se llevó a Hipólito revolcándolo hasta la playa, quedando con el ombligo apuntando al cielo. En cuanto pudo se incorporó preocupado por su niño; la espuma llegó a los pies de doña Hilaria, quien al mirar lo que les sucedía a sus dos amores, aventó por allá la jugosa sandía que partía, para ir a levantar a su viejo, y buscar al niño, pero el pequeño no salía a flote ni tampoco arrastrado por el oleaje; la corriente de retorno se llevó al chiquillo sumergiéndolo más allá de la reventazón.

En tierra, Hipólito e Hilaria al no encontrar a su hijo, pensaron que se lo había tragado el mar, los dos se separaron, corriendo por diferentes partes de la playa pidiendo auxilio a otros bañistas. Algunos jóvenes, al mirar la angustia de los padres, se lanzaron al agua tratando de localizar al muchachito; pasado buen rato, regresaron los rescatistas sin darles buenas noticias; hasta un pescador, que terminaba de calafatear su lancha, se acomodó en la búsqueda del niño, llevando a bordo al desconsolado papá, los dos bogaron hasta donde el romper de las olas se lo permitió, sin encontrar ningún rastro de Apolonio. El matrimonio dio por desaparecido a su hijo, regresando inconsolables a casa. Al día siguiente, se levantaron tempranito, en cuanto escucharon que las campanas de la catedral 'La Asunción de María', tocaban la segunda llamada para misa de siete, fueron en busca del padre Canuto, pidiéndole que oficiara un novenario por el eterno descanso del alma de Apolonio.

Pero aquel día, en el fondo del mar, habían ocurrido cosas muy raras, casi increíbles, mientras la corriente marina sumergía al niño, un delfín mirando que el cuerpecito se hundía lentamente en la profundidad, se acercó a él metiendo su hocico entre las piernas de Apolonio, evitando que el chico se fuera al fondo, luego, lo impulsó hacia atrás de su aleta dorsal, quedando el muchacho sentado como si estuviera montando a caballo; el oportuno animal emitió un silbido llamando al resto de su manada, de inmediato 25 delfines se aproximaron, intercambiaron diferentes chasquidos, y como si hubieran llegado a un acuerdo, todos al mismo tiempo saltaron a la superficie custodiando al niño Apolonio, hicieron algunas piruetas, tomaron aire, y se volvieron a sumergir.

Los delfines habían convenido que Apolonio conociera el mundo submarino. Así, aquel niño que por la fuerza descomunal de una ola, había sido arrebatado de las manos de Hipólito, y que sus padres daban por muerto, estaba vivo y coleando sobre el pedúnculo del agrisado delfín, y además bien acompañado por los cetáceos que le enseñaban las técnicas de la inmersión a puro pulmón, mostrándole las tácticas de algunos animales marinos para atrapar a sus presas. En una de sus inmersiones miró cómo un pez sierra, utilizando sus cortantes dientes escamados, embestia desde abajo a un tiburón que lo acosaba, cortándolo fácilmente con su hocico en forma de serrucho carpintero; el niño Apolonio,

nunca olvidaría esa instrucción submarina, ni tampoco imaginaba que con el paso de los años, las fuerzas del destino lo empujarían a repasar la lección empleando la estrategia del pez sierra.

Corría el año 1839, cuando Apolonio ya era un hombre hecho y derecho, se enroló en la Marina nacional; pero las cosas en México estaban muy chuecas, con el pretexto del federalismo por doquier brotaban movimientos separatistas; en el noroeste, Sonora y Sinaloa querían formar la Confederación de Estados Unidos del Norte; en occidente se conspiraba para constituir una República de la Sierra Madre; y al año siguiente, en el sureste, la provincia de Yucatán, que abarcaba Campeche y Quintana Roo, insistía en zafarse del centralismo. Los peninsulares, al estar apoyados por los texanos, y habiéndoles rentado por 8 mil reales una escuadrilla naval bajo las órdenes del Comodoro Edwin W. Moore, Yucatán proclamó su independencia el primer día de octubre de 1841, a la cual se opuso terminantemente el general Santa Anna.

El gobierno mexicano, previendo los intentos de otra mutilación territorial, anticipadamente solicitó a los astilleros ingleses Birkenhead Iron Works, que desde 1824 eran los más importantes fabricantes de barcos de hierro, la construcción de dos vapores de guerra movidos por paletas laterales, uno era el *Guadalupe*, armado con 2 cañones de 68, y 4 cañones de 12; el otro fue bautizado como *Moctezuma*, portando 1 cañón de 68, 2 cañones de 3, 1 cañón de 9, y 4 carronadas de 32. Estas naves fueron las primeras en ser construidas con cascos de acero, y arribaron a nuestro país en 1842. El *Guadalupe* fue por aquel tiempo el mayor vapor de guerra del mundo, muy temido en el Golfo de México, y en el mar de las Antillas, representando lo mejor que disponía nuestra Marina para combatir a la escuadrilla texana. En los primeros días de mayo el gobierno del general Santa Anna le ordenó al capitán Tomás Marín asumir el mando de la escuadrilla nacional, y que se enfrentara a la flotilla separatista del Comodoro Moore, integrada por la goleta *Austin*, armada con 16 cañones de 24 libras, y 1 de 18, y el bergantín *Wharton* con 15 cañones de 18 libras, a la cual se le unieron nueve embarcaciones yucatecas adaptadas para la guerra, comandadas por el capitán James D. Boylan.

El 16 de mayo de 1843, los relucientes vapores mexicanos se batieron contra una escuadra numéricamente superior, pero todavía impulsada sólo por la fuerza de los vientos. Apolonio, que estaba embarcado en el *Guadalupe*, al ver que eran rebasados en unidades navales, empezó a recordar la imagen del pez sierra atacando a un tiburón, por lo que al alba de aquel día, y antes de que se desatara el combate, procuró hablar con su capitán Edward Charword, exponiéndole que tenía un plan para hundir al menos tres de las improvisadas embarcaciones yucatecas. El comandante del *Guadalupe*, un tanto incrédulo, le concedió un par de minutos para escuchar al marinero. Apolonio le comentó que llevaría a cabo un ataque submarino. El capitán lo reprendió diciéndole que no era el momento para hacer bromas, recordándole que estaba prohibido emborracharse a bordo, y que no lo mandaba arrestar nomás por la inminente batalla. Apolonio no se amedrentó por las rabiets de su capitán, al contrario, le pidió que confiara en él, y que le facilitara el mejor taladro de carpintería con la broca más grande que se dispusieran a bordo.

El capitán Charword, dándole un voto de confianza al joven marino, le ordenó a su asistente que de inmediato le fueran entregadas aquellas herramientas, mientras el carpintero llegaba con los instrumentos, Apolonio le explicó al comandante, que desde la cubierta del *Guadalupe* se arrojaría al mar, sumergiéndose para no ser alcanzado por los disparos del enemigo, y que apoyado por unos 'amigos', integraría un comando posicionándose debajo de las embarcaciones para perforar sus cascos con la broca del taladro. El capitán se quedó atónito al escucharlo, preguntándole quiénes eran esos 'amigos', y de cuál comando estaba hablando, pero en ese preciso instante llegó el carpintero con las herramientas, Apolonio saludó militarmente a su superior, dio media vuelta, y sin perder un segundo más, corrió hacia la proa lanzándose un clavado que lo llevó varios metros bajo el mar; mientras Apolonio se sumergía, con sus manos daba golpetazos, y carraspeaba gruñidos y chasquidos llamando a sus amigos, los delfines, al descifrar el mensaje, acudieron al requerimiento de Apolonio, el intrépido marino volvió

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XLII

Muerte a filo de obsidiana I

Ramón Moreno Rodríguez

Los españoles creyeron que acaso en diez días lograrían derrotar la Ciudad de México pero no fue así, ésta soportó el asedio más de dos meses y sólo se rindió hasta la destrucción total de la misma y la prisión de su hueytlatoani Cuauhtémoc. Aquel 27 de mayo de 1521 en que muriera Monsaraz el rico ha sido olvidado por sus compañeros de armas. Maluenda no tiene tiempo de pensar en él porque casi todos los días hay batallas contra los mexicanos y debe ingeniárselas para sobrevivir a como dé lugar.

No podemos decir que sus actos fueron heroicos pero debemos reconocer el ingenio que tuvo para poner a buen recaudo su preciosa vida, pues en esta ocasión en que murieron tantos españoles, él no debe ser contabilizado entre las bajas, que las razones siempre le sobraron para no estar en la primera fila de ataque. Y otros muchos motivos explicó a su capitán para quedar hasta el final de la formación ya que artillaba uno de los cañones o debía ser parte de la retaguardia que protegía el matalotaje o rellenaba con tierra los canales que ganaban a los enemigos.

Y fue esa manera taimada de hacer la guerra lo que le llevó a vivir el episodio más duro que la conquista de México le diera y a protagonizar los momentos más angustiantes que ante la muerte jamás había tenido, episodio del que salió vivo por azar, pues su destino era morir, pero sobrevivió.

Sucedió que el domingo 26 de junio, cuando la derrota de los mexicanos era evidente aunque sin fecha fija, la parcialidad del ejército español que encabezaba Pedro de Alvarado fue atacada por tres grupos del ejército tenochca.

El extremeño, acompañado por la mayoría de los tlaxcaltecas, dejó a sus hombres instalados no lejos del templo mayor de México y regresó a Tlacopan en busca de víveres. Uno de los tres cuerpos de guerreros mexicanos embistió por la retaguardia, otro los atacó de frente ya que procedía del recinto sagrado y el tercero salió de una angosta calle del sur. Hacía más de diez días que habían trasladado el campamento desde la otra orilla del lago hasta una pequeña plaza de la misma ciudad de México.

La caballería de inmediato arremetió contra los que venían de Tacuba; Maluenda, que siempre se consideró un soldado de la retaguardia, quiso seguirlos pero no pudo, porque la infantería con presteza había arremetido contra los otros guerreros y aunque el vascuence hubiera querido correr atrás de los caballos, no consiguió darles alcance y tuvo que unirse al resto de los soldados de a pie. Estos segundos mexicanos huyeron con la misma presteza conque huyeron los primeros. Los españoles no se han dado cuenta, pero aquella tropa compacta que formaban está ahora dividida en tres grupúsculos que atacan pero no ven el peligro de su dispersión. Maluenda es de los últimos que corren en persecución de los fugitivos, pasan una calle y luego un puente. En cuanto los últimos peninsulares dejan atrás aquella encrucijada salen de debajo del camino, de entre los matorrales, muchos otros mexicanos que estaban agazapados. Los tenochcas que huyen detienen su precipitada carrera; cuando

los peninsulares se dan cuenta están perfectamente rodeados y la caballería se ha alejado demasiado como para poderlos auxiliar. Los mexicanos son más, quintuplican a los extranjeros; no obstante, éstos saben que sus armas son superiores y se aprestan a una batalla campal.

Maluenda es de los primeros en darse cuenta de lo comprometida que es la situación y piensa en huir. En cuanto llega esa idea a su mente ve a su izquierda un callejón que los mexicanos no han copado; no lo duda: corre con las intenciones de dejar la batalla para los demás. Otros lo ven y corren tras él, los mexicanos no intentan atajarlos, más aún, empujan para que otros más se fuguen por ahí y lo logran; acaso una decena corre atrás de los primeros fugitivos y de esa manera caen perfectamente en la trampa que les han preparado.

Es poco lo que han corrido y la calleja se interrumpe abruptamente por un angosto canal, el pontón de madera que lo libraba no está. Todos detienen sus pasos. Conocen el lugar, pues no está lejos del campamento, saben que el agua es baja, acaso les llegará a la cintura. No lo piensan, se tiran con la intención de pasar a la otra orilla y continuar la huida. Uno se lanza con los pies por delante, le sigue Maluenda; a pesar de que este es el segundo no tiene tiempo de darse cuenta de que el hispano que le precedió no caminó en dirección a la otra orilla para salirse de la zanja y no se da cuenta porque él mismo se ha sumergido por completo: el angosto canal tiene ahora más de un estado de profundidad. El agua le entra a la nariz y las orejas, tose y echa el aire, mira las burbujas ascender. Sigue hundiéndose, mira hacia arriba y siente cómo otro español le cae encima y deja de ver la poca luz que le llegaba. Por fin toca el fondo e instintivamente se impulsa con el pie derecho, está a punto de salir y estira una mano que con el gesto pide ayuda. Con la boca dice algo que no se oye. Son ocho los que se han sumergido en el agua.

En efecto, una mano lo sujeta y le ayuda a salir, pero apenas recibe el impulso para tirarse sobre su cintura en el talud cuando le asestan un durísimo golpe en el morrión. Las navajas de obsidiana se estrellan, saltan las esquirlas por todos lados; una abertura ha quedado en el casco. La macana indígena erizada de filosa obsidiana logra cortar el cuero cabelludo pero la lesión no va más allá. No importa, inmediatamente le dan —mientras escupe agua en el lodazal en que se encuentra tirado— un segundo tajo, ahora sobre un hombro. El chalequillo de algodón se hiende a toda prisa, las negras navajas cortan la tela del jubón, la piel, los delgados músculos e interesan hasta los huesos; sólo éstos logran detener el tremendo golpe. La sangre corre presurosa. Maluenda y los suyos no tienen tiempo de reaccionar. El aragonés no se ha dado cuenta, aún trae en la mano derecha la espada; soltó la rodela por efecto de la herida en el hombro. Se dice, váleme Dios, que soy muerto.

**Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.*

7► a montar sobre el pedúnculo del agrisado delfín, y con el resto de la manada saltaron rozando las crestas de las olas, para respirar y zambullirse nuevamente.

A las siete de la mañana del 16 de mayo de 1843, los cañones de ambas escuadras abrieron fuego dañándose fuertemente, fue entonces cuando Apolonio, acoplado en el lomo del delfín, y amparado con el estruendo artillero que se extendía en la superficie, empezó a taladrar los cascos de las embarcaciones yucatecas, agujereando sus maderas que de inmediato se agrietaron abriéndoles varias vías de agua que poco a poco inundaron las naves. El Comodoro Moore dándose cuenta que tres naves del capitán Boylan estaban zozobrando, y desesperado por no divisar los buques de refuerzo que le prometieron los texanos, decidió retirarse del combate, pero no sin antes lanzar la última descarga de artillería y fusilería sobre los buques mexicanos.

Apolonio, después de haber cumplido con su misión, y al intentar abordar el *Guadalupe*, una bala lo alcanzó penetrando en su espalda, atravesándole los pulmones y alojándose en el corazón. Apolonio, herido de muerte, cayó al agua mirando cómo una manada de delfines blancos se estaba alineando y levantaban su aleta pectoral, conforme se hundía, alcanzó a escuchar que los cetáceos silbaban al unísono. El cuerpo de Apolonio quedó tendido en el fondo del mar, pero dicen que cien años más adelante, el alma del joven marino, había encontrado lugar en el hombre rana que trabajó bajo las aguas de Acapulco, colocando la base de la Virgen de Guadalupe, conocida por los marinos como ‘Nuestra Señora de los Océanos’, ese hombre fue el capitán Rafael Vilchis García, que un primero de junio de 1959, en la base naval de Icacos, previo a la ceremonia del Día de la Marina, y al acorde de la banda de guerra, pasaba revista a sus buzos, todos vestían de blanco, levantando su mano derecha para saludar militarmente, al pionero del comando submarino de la Armada de México.